

Releer a Cernuda

Tomás Regalado López

*Volviste la cabeza contra el muro
con el gesto de un niño que temiese
mostrar fragilidad en su deseo.
Y te cubrió la eterna sombra larga.*
Luis Cernuda

No deja de ser un signo de madurez cuando una literatura comienza a tener su propia literatura, es decir, cuando la propia literatura se convierte en materia que sirve de argumento y guía para la obra de nuevos escritores. Los ejemplos, por fortuna, resultan frecuentes en la novela mexicana contemporánea: *A pesar del oscuro silencio* de Jorge Volpi, publicada en 1992, fue un análisis de la vida, obra y filosofía de Jorge Cuesta; aparecidas el mismo año, *En la alcoba de un mundo* de Pedro Ángel Palou y *En defensa de la envidia* de Sealtiel Alatríste, se acercaron a las figuras de Xavier Villaurrutia y Jaime Torres Bodet, miembros también de Contemporáneos. Hace menos de un lustro la poeta argentina Alejandra Pizarnik fue el objeto de la novela *La muerte me da*, de Cristina Rivera Garza, y el retórico griego Gorgias de Leontinos de *La muerte del filósofo* (*Acarnia en lontananza*), de Vicente Herrasti, mientras la atormentada vida del intelectual francés Antonin Artaud ha servido como motivo central a *Diles que son cadáveres*, de Jordi Soler, recientemente publicada. *La familia interrumpida*, octava novela de Eloy Urroz, participa de una tendencia que se inscribe con naturalidad en el ciclo entre continuidad y ruptura que debe definir a toda tradición estética; publicada por Alfaguara a finales del 2011, la novela del escritor mexicano ficcionaliza fragmentos de la vida de Luis Cernuda, el poeta de la Generación del 27 que fue amigo de Lorca, vio morir a muchos de sus amigos en la Guerra Civil española, dedicó toda su vida



a un proyecto literario que tituló *La realidad y el deseo*, y fue un exiliado a la fuerza, primero en Inglaterra, luego en Francia, más tarde en Estados Unidos y finalmente en México; el poeta que, en el diálogo bicultural entre México y España que determinó la última etapa de su existencia —y que subyace en cada una de las líneas de *La familia interrumpida*— conoció a Octavio Paz en el II Congreso de Escritores Antifascistas de Valencia de 1937, se vio sorprendido por la muerte en el país americano sin haber regresado nunca a su patria y cuya tumba puede visitarse, todavía hoy, en el Panteón Jardín de la capital.

La escritura de *La familia interrumpida*, una intensa novela de apenas doscientas páginas, parte de una terrible anécdota que, narrada en sus capítulos centrales, constituye uno de esos momentos cuyo recuerdo

acompaña al lector una vez cerrado el libro. Recién salido de España y comenzando su triste exilio en Inglaterra, Luis Cernuda recibe el encargo de visitar un campamento de casi cuatro mil niños refugiados vascos, llegados en el *Habana* a la isla a través del puerto de Southampton; en una visita el poeta fue reconocido por uno de ellos, un huérfano de quince años llamado José Iñaki Sobrino, hijo de un soldado republicano muerto en batalla, sobreviviente al sitio de Bilbao, enfermo de leucemia y protagonista de una tragedia personal donde se cifraría, con el paso del tiempo, la tragedia de todo un país. Después de oír recitar a Cernuda, el niño pedirá, literalmente, al poeta: *Ahora, por favor, no se marche, pero me voy a volver a la pared para que no me vea morir* y, poco después, como había anunciado, se da la vuelta en su propia cama para encontrarse con la muerte. La desgarradora anécdota, que llevaría a Cernuda a escribir el igualmente desgarrador poema “Niño muerto”, mueve a Urroz a escribir una novela cuyo argumento se desdobra en tres tramas; la experiencia biográfica, en primer lugar, de Luis Cernuda en Inglaterra; la vida, en segundo, de un personaje mexicano llamado Luis Salerno Insausti que comparte numerosos rasgos con el poeta de Sevilla: como Cernuda, vive en el exilio, aunque en su caso sea un exilio autoimpuesto en la deshumanizada ciudad de Nueva York; como Cernuda y su amistad con Lorca, tiene un amigo de la infancia llamado Jacinto con quien comparte sus dudas existenciales; como Cernuda, no tiene problema en admitir abiertamente su condición homosexual; como el poeta español, presenciara casi directamente la muerte de un niño, en este caso el hijo de su hermana Marcela; sufre, como él, fuertes crisis existencia-

les en torno a Dios, la paternidad, el exilio, la familia o la muerte, momentos introspectivos donde *La familia interrumpida* alcanza momentos de particular profundidad filosófica; y, como Cernuda, se mueve en un doble impulso marcusiano entre Eros y Tánnatos que determinará decisivamente la tensión argumental de la novela. Existe, finalmente, un tercer subtexto que es la original *La familia interrumpida* o *El relojero o la familia interrumpida*. *Fantasia de provincia*, la única obra dramática escrita por Cernuda; una comedia de enredos familiares, extrañas paternidades, tempranas viudeces y amores fallidos que, como la novela de Urroz, se halla protagonizada por un personaje femenino llamado Setefilla; fue descubierta por Octavio Paz entre los enseres del poeta y publicada en 1976, por primera vez, en las páginas de *Vuelta*. A poco que se lea con detenimiento la novela se puede comprobar la imbricación natural entre los tres planos hasta convertirse, de forma coherente, en una sola línea argumental.

Impresiona, como parte de este doble impulso erótico-tanático, la repetida y amenazante presencia de la muerte en cada una de sus páginas; la muerte que cree sentir, acechante, el personaje Luis en las calles de Manhattan, a la manera de *Poeta en Nueva York* de Lorca; la muerte que triunfa, como el mismo personaje descubre, en el funeral y la posterior incineración de su sobrino; la

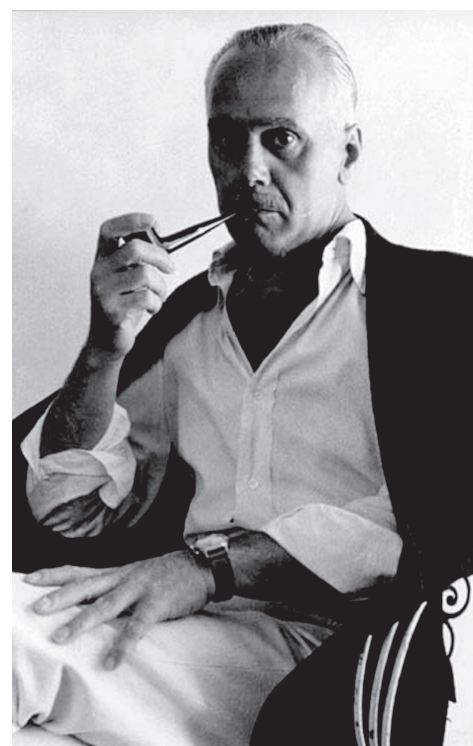
muerte que amenaza también a su padre, enfermo terminal de cáncer; una muerte que late en España en el terror de su guerra civil; y una muerte que convive con Cernuda, quien nunca volverá a ser el mismo después de abandonar su país en 1938 y, sobre todo, después de ver morir al niño vasco. *La familia interrumpida* viene a confirmar, con todo ello, los tres puntos sobre los que se había anclado sistemáticamente la prosa de Eloy Urroz desde *Las leyes que el amor elige* de 1993, su primera novela: la creencia en una ficción con una fuerte conciencia formal, que cuestiona el concepto de linealidad narrativa, donde forma y fondo viajan indisolublemente unidas y que exige, a la manera cortazariana, la actitud activa del lector para desentrañar su significado; una novela, en segundo lugar, que cuestiona, explica y analiza las relaciones personales, la muerte, la familia, el conflicto entre instinto y razón, interés de raigambre sociológica o filosófica—fruto de lecturas de Freud, Nietzsche o Karl Popper— pero que parte sobre todo de una obsesión íntima del autor por analizarse, explicarse y cuestionarse a sí mismo; y una novela, en tercer lugar, con una fuerte conciencia de pertenecer a una tradición mexicana, latinoamericana y universal; su novela *Las rémoras* de 1996, por ejemplo, había sido un homenaje a la ambición totalizante del *Boom* (muy en particular, a *La casa verde* de Vargas Llosa), mien-

tras *Las almas abatidas* recordaba a la fina ironía de Marías o Bryce Echenique y *Fricción*, precedente inmediato de *La familia interrumpida*, fue una reescritura del realismo grotesco bajtiniano tomando como modelo, entre otras, *Domar a la divina garza* de Sergio Pitol. Ejemplo de la literatura sobre la misma literatura, *La familia interrumpida* merece una lectura por ese impulso erótico-tanático que amenaza con devorar sus páginas; por la viveza de sus diálogos, por su magistral lección de historia y literatura española, o por ese sorprendente final que subvierte, a contracorriente, toda la estructura argumental. El 2011 ha sido un año de excelentes noticias para la novela mexicana, desde la hilarante interpretación de los sucesos revolucionarios que fue *Decencia* de Álvaro Enrígue hasta la kafkiana visión del México de hoy en *Efectos secundarios* de Rosa Beltrán, pasando por el original experimento policiaco-borgeano en *El daño no es de ayer* de Ignacio Padilla o la fantasía alegórica de Guadalupe Nettel en *El cuerpo en que nació*. Como todas ellas, *La familia interrumpida* confirma el excelente momento de las letras mexicanas y la supervivencia de una de las más ricas tradiciones literarias de toda América Latina. **U**

Eloy Urroz, *La familia interrumpida*, Alfaguara, México, 2011, 224 pp.



Eloy Urroz



Luis Cernuda